

## RIVA AGÜERO, COMPAÑERO DE GENERACIÓN<sup>1</sup>

Yo no pretendo estudiar la obra vasta y múltiple de Riva Agüero, es ésta una casa ligada a claros días de mi juventud. Tan sólo quisiera traer recuerdos y corregir errores sobre esta alta personalidad nacional que podrían inveterarse.

Era nieto de don José de la Riva Agüero y Looz-Corswaren, que fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de don Manuel Pardo. Mi padre se asoció a él en empresas industriales, en una época de apogeo para el país que fue frustrada por la guerra del Pacífico. De esta relación de familia nació entre el nieto y yo una amistad íntima, profunda, indestructible, que ha durado hasta su muerte.

Juntos entramos en 1893 al Colegio de la Recoleta, destinado a larga influencia en los destinos espirituales del Perú. Él tenía ocho años y yo diez. Eran pocos los alumnos y numerosos los profesores. De esta suerte se estableció pronto lo que llamó Platón una cadena magnética entre los discípulos y los maestros, que ejercieron sobre nosotros una acción personal, directa, persuasiva, formadora. Había leído mucho Riva Agüero, no sé cómo ni cuándo. Se le podía aplicar lo que escribió *Clarín* de Menéndez y Pelayo, que así como algunos duermen mientras leen, otros leen cuando duermen. Tal debió ser el caso de este muchacho, que sabía de memoria páginas enteras de César Cantú, historiador italiano entonces en boga, que había leído a Michelet, repetía versos de Leopardi y se complacía en desentrañar complicadas genealogías de familias peruanas.

Sorprendió pronto a sus maestros por la seguridad de sus recuerdos y el vigor de su talento. Dominaba todas las materias, salvo las matemá-

<sup>1</sup> Extraído de *José de la Riva Agüero: recuerdos*, Lima, 1949, pp. 8-15. [THM]

ticas, que le fueron siempre extrañas, como a Lord Macaulay, el célebre historiador inglés. En los recreos, en vez de jugar, comentábamos nuestras lecturas. En las tardes, en paseos que no nos parecían monótonos, del colegio a mi domicilio en la calle de la Amargura, de él a esta casa de Lártiga,<sup>2</sup> y de nuevo a Amargura, en incesante y decidido deambular, tratábamos con juvenil petulancia de todos los problemas divinos y humanos, hacinábamos recuerdos, afirmábamos nuestras ambiciones. Una tarde era el tema la célebre respuesta de Castelar al canónigo Manterola, en que opuso el Dios del Sinaí de violencia y de justicia al del Calvario, Dios de amor. Otra, el elogio insidioso de De Maistre a Voltaire, que termina así: «Le elevaría una estatua, pero por mano del verdugo». Estudiábamos a Donoso Cortés, aprendíamos de memoria páginas de su admirable discurso sobre la Biblia. Nos enfervorizaba Michelet. Íbamos a Taine, de quien él se apartó más tarde, respetuosos y fervientes. Contraecía José el *Parini*, diálogo de Leopardi sobre la gloria, porque él creía en ella y la buscaba con empeño mozo.

Llegados a la pubertad, en vano le repetía yo los versos de Eneas, en trance de amor, que empiezan así: *infandum, Regina jubes renovare dolorem*. Él creía, sin duda, como el poeta, que el licor femenino es licor de mandrágoras y origina demencia. En la cuna de este hombre privilegiado se juntaron todas las diosas, pero Venus llegó tarde a la cita olímpica. Más que los versos latinos que yo comentaba, prefería él otros que han servido de guía a los conquistadores y a los dominadores.

Él creía sobre todo en la voluntad, y la suya era señera y tajante. En la historia romana, que estudió de preferencia siguiendo a Mommsen, exaltaba a César y desdeñaba un tanto a Cicerón, el orador helenizante. Sus preferencias iban naturalmente a Sylla, jefe de los conservadores, y no al demócrata Mario, *homo novus*, escribe Salustio, que «no poseía estatuas» de antepasados. Riva Agüero tenía innúmeros retratos de familia de los Riglos, los Sancho Dávila, los Ramírez de Arellano... En vano quería yo demostrarle que el Imperio Romano es el heredero legítimo de la imponente construcción romana, que nunca sería, como Roma en los tiempos de Diocleciano, monarquía burocrática, ni la gobernarían príncipes extranjeros. Él se inclinaba ante Roma sede del Papado, capital del mundo latino, metrópoli de la más universal de las culturas. Había leído *Il Primato* de Gioberti.

<sup>2</sup> La residencia de la familia García Calderón estaba en la calle de la Amargura; la de la familia Riva Agüero, en la calle de Lártiga, en donde la Universidad Católica del Perú ha creado el Instituto Riva-Agüero, en homenaje al gran polígrafo. [THM]

Cuando viajó por Europa prefirió siempre como lugar de residencia Roma a París. Lector asiduo de Tito Livio, creía tal vez que los franceses —a quienes admiraba y leía— son, como en tiempos de los galos, *gens ad tumultos nata*. En Alemania halló siempre orden, organización y disciplina, olvidando que ella considera la paz larga como signo de fatiga y de flaqueza y así destruye lo que había conservado con esfuerzo. *Et ingrata genti quies*, escribió Tácito de los germanos.

En la Universidad fue Riva Agüero lo que llaman los franceses *fort en thème*. Se distinguió en todas las cátedras, aprendía sin esfuerzo; secundado por su memoria poderosísima, obtuvo premios y *contentas*.<sup>3</sup> Una vez, nuestro maestro el doctor Deustua nos opuso en justa breve. Yo defendí la libertad contra el determinismo, inspirándome en la filosofía de las ideas fuerzas de Fouillée. Él me combatió en nombre de la *Ética* de Spinoza. Su dialéctica me pareció muy vigorosa.

Su tesis para el bachillerato en la Facultad de Letras, sobre la literatura en el Perú independiente y sus caracteres esenciales, fue un acontecimiento intelectual. Unamuno le consagró artículos que han sido reproducidos en el volumen de sus *Obras escogidas*. Por primera vez se estudiaba con criterio moderno la obra de nuestros escritores, siguiendo la dirección de ilustres críticos, sobre todo de Menéndez y Pelayo. Al patriarca de nuestras letras, don Ricardo Palma, a quien comparó con Walter

<sup>3</sup> Su memoria era firme, inagotable, abrumadora. Podría referir cien anécdotas respecto a ella. Aquí van algunas. Riva Agüero se esforzaba por hacer olvidar su superioridad, se bajaba hasta su interlocutor y decía, por ejemplo: «Recuerda usted en Tito Livio», «Ha leído usted como yo en Polibio», «Usted no ignora a Herodoto»... Asistimos juntos a una representación de Teodora de Sardou y de repente me dijo José: «Esto no está en Procopio» (Procopio es uno de los historiadores de Bizancio). Visitando en París, en el cementerio de Picpus, las tumbas de nobles franceses que fueron víctimas del Terror, una religiosa llena de bondad se propuso explicarnos el entroncamiento de las familias a quienes pertenecían. Riva Agüero corrigió sus errores sin piedad. Parecía un maestro de heráldica. Mi amigo Marcel Ribière, fiel secretario de Poincaré, le conoció en Roma. En París, nos reunió Riva Agüero a almorzar. La conversación seguía su curso normal, pero llegamos por desgracia a la historia de los merovingios. Ribière tuvo que confesar que sus conocimientos eran limitados y José le abrumó con su erudición magistral e inesperada. Desde entonces, cada vez que topaba yo con Ribière me preguntaba éste: «¿Cómo está el monstruo, su amigo el marqués?». Cuando falleció Riva Agüero publiqué en francés un folleto [*In memoriam*, Genève, 1944] que llevaba como epígrafe versos de Lord Tennyson en la muerte de su amigo Hallam. Después de leerlo, mi ilustre amigo Gonzague de Reynold, el más grande de los escritores suizos, me escribió que había conocido a José en Roma, en una comida del senador Cairolí, y que quedó asombrado por la erudición portentosa del comensal. Cairolí exaltó en Riva Agüero, más que al escritor, a un hombre de Estado, perseguido por maquinaciones tenebrosas, que buscaba refugio en la ciudad de los Césares. Probablemente, Reynold no descubrió en José los rasgos de un revolucionario a la manera de Kossuth o de Garibaldi, porque terminaba su carta con un frase de fina ironía francesa: «C'était assez romantique, mais le diner était excellent». [THM]

Scott, a Chocano, a González Prada, dedicó notables páginas. Al exaltar a González Prada suscitó un revuelo en nuestros círculos religiosos y aristocráticos, pero su elogio era naturalmente dirigido al escritor patriota, al alto y vigoroso prosador, al orador del Politeama que pudo ser nuestro Fichte con sólo oponer la grandeza y la excelencia del Perú vencido a la desmesura y a los errores del vencedor. Olvidó voluntariamente a González Prada envejecido, que mostró peligrosa ignorancia en filosofía y en historia, leyó tarde a los sociólogos y se dejó ganar por un anarquismo ingenuo, no según la mente poderosa de Bakunin, sino según la de oscuros discípulos como Malato o Grave. Riva Agüero admiraba la poesía de González Prada, sobre todo *Minúsculas*, donde renovó la versificación castellana, introduciendo en ella nuevas formas: la balada, el pántum, la spenseriana, y cantó con acento personalísimo eternos temas humanos, el dolor, el amor y la muerte. [...]

*La Historia en el Perú* fue el título de la tesis de Riva Agüero para el doctorado en la Facultad de Letras. Libro amplísimo y trascendental. Allí analiza con profundo conocimiento del pasado nacional a los historiadores, enjuicia a Garcilaso y Montesinos. Allí encontramos inducciones y consideraciones originales sobre la época incásica. Siguiendo a Calancha, evoca en bellas páginas la vida de los conventos en el Virreinato. Con minuciosidad y severidad examina el esfuerzo de nuestros historiadores republicanos, de Mendiburu y Paz Soldán, principalmente. Desde la publicación de su tesis fue considerado como jefe de nuestra escuela histórica, en la cual es hoy notable representante Jorge Basadre, que podrá ser el Fichte de mañana si sigue la ruta que anuncian sus recientes *Meditaciones*.

Al estudiar una obra imparcial y notable de Paz Soldán sobre la guerra del Pacífico, Riva Agüero llega a excusar y explicar los errores militares de Piérola que no pueden ser defendidos: la extensión de la línea de defensa en San Juan, el desdén para los consejos de Cáceres y otros jefes, la inutilización de las reservas en Miraflores. El descendiente de un ministro civilista no había leído la carta de Mr. Hurlbut a Piérola, refugiado en Ayacucho, en la cual le decía: «Se equivoca usted si cree que García Calderón firmará una cesión de territorio. Usted, que ha sido vencido en San Juan y Miraflores, no me parece capacitado para entablar negociaciones con Chile». Olvidó José que el gobierno de la Magdalena fue creado por ciento catorce notables de Lima, en su mayoría civilistas, para firmar una paz justa.

En estudios y discursos como los dedicados a Sarmiento y Unanue, en su admirable ensayo sobre Garcilaso, en el prólogo a un volumen de la vasta obra de Roberto Levillier, en sus lecciones sobre el Perú prehispánico, ilustradas por paralelos históricos,<sup>4</sup> Riva Agüero afirmó su superioridad intelectual. Gran historiador, acopla el estudio minucioso, el análisis original de las fuentes, la erudición infatigable, la evocación artística, la visión de las épocas, el vigor de la síntesis. La historia fue para él, como para Michelet, un resurrección. Con Riva Agüero teníamos a la vez a Barros Arana y a Vicente Fidel López, a Baralt y a Justo Sierra.

<sup>4</sup> *Civilización peruana: época prehispánica*, pp. 112, 116, 122, 125, 130, 131, 135, 137, 156 y ss.